

CLASE, MASCULINIDAD Y LENGUAS
EN EL TRABAJO MIGRANTE SANTIAGUENO

Héctor Andreani

RESUMEN. Los trabajadores rurales migrantes estacionales (TRME) llamados comúnmente “golondrina”, viajan principalmente a la pampa húmeda para la desflorada (despanojado) de maíz, pero también en otros tipos de trabajos (arándanos, papas, cebollas, aceitunas, desmonte, desentrañamiento, etc.) de otras regiones de Argentina. El maíz, la papa y el obraje son considerados los tres trabajos más “duros” de todos, de los cuales vamos a enfocarnos en el desflore de maíz. Este trabajo será un “rodeo” para llegar a una imagen, recortada pero más nítida, sobre la lengua quichua. Describo el proceso vivido desde las sensaciones corporales y afectivas —cercasas al sufrimiento y dolor— vividas por el etnógrafo (enero-febrero 2013) surgido en un trabajo rural migrante estacional (TRME). La reflexividad sobre esas sensaciones —siguiendo la perspectiva metodológica de Favret Saada— permitió acceder a un universo sobre este tipo de trabajo migrante y sobre el proceso de socialización masculina. Al interior de este universo migrante estacional aparecen aspectos que en los estudios sociolingüísticos no serían relacionados con los “usos de lenguas”. Este trabajo conjuga aspectos de lengua quichua, masculinidad, explotación laboral y una práctica discursiva-afectiva que denomino como picardía, pero que todos se encuentran inherentemente configurados desde la dimensión de clase, aspecto que será desarrollado en la descripción del proceso vivo.

Palabras clave: lengua quichua, masculinidad, clase, picardía, proceso vivo.

ABSTRACT. Rural seasonal migrant workers (TRME), commonly called “swallow”, travel mainly to the humid pampas to work in the deflowering (detasselling) of corn, but also in other types of work (blueberries, potatoes, onions, olives, clean the forest floor, extract roots, etc.) in other regions of Argentina. Corn, potatoes and “obraje” are considered the three toughest jobs. We will focus on the deflowering of corn. This paper attempts to reach by other means certain social uses of the Quichua language. The process is described from a bodily point of view linked to body sensations —close to suffer and pain— experienced by the ethnographer (January-February 2013) throughout a seasonal migrant rural labor (TRME). Reflexivity about those feelings —following the methodological perspective of Favret Saada— allowed access to a universe on this type of migrant labor and the process of male socialization. Within this universe appear migrant seasonal aspects which in sociolinguistic studies would be unrelated to the “use of languages”. This work combines aspects of Quichua language, masculinity, labor exploitation and discursive-affective practice I call which I refer to as playfulness (sometimes as trickstery), but all are inherently configured from the class dimension, an aspect that will be developed in the description of the living process.

Keywords: Quichua language, masculinity, class, trickstery, live process.



Signo y Señá, número 29, junio de 2016, pp. 103-129

Facultad de Filosofía y Letras (UBA)

<http://revistas.filo.uba.ar/index.php/sys/index>

ISSN 2314-2189

RESUMO. Os trabalhadores rurais migrantes temporários (TRME), comumente chamados “andorinha”, viajam principalmente aos pampas úmidos para a desfolhada (despendoamento) do milho, mas também para outros tipos de trabalho (mirtilos, batatas, cebolas, azeitonas, remover galhos, o desenraizamento, etc.) em outras regiões da Argentina. Milho, batata e obraje são considerados os três trabalhos mais difíceis de todos, dos quais vamos pesquisar o desfolhamento do milho. Este trabalho pretende explorar, por outros meios, a língua quíchua. Nós descrevemos o processo de sensações corporais e afetivas —sofrimento emocional e dor— vividas pelo etnógrafo (janeiro-fevereiro de 2013), surgido em um trabalho rural migrante temporário (TRME). Refletividade sobre esses sentimentos —de acordo com a perspectiva metodológica de Favret Saada— permitiu o acesso a um universo com este tipo de trabalho migrante e o processo de socialização masculina. Dentro desse universo migrante aparecem aspectos que nos estudos sociolinguísticos não teriam relação com a “utilização das línguas”. Este trabalho combina aspectos da masculinidade, do idioma Quíchua, exploração do trabalho e da prática discursiva-afetiva a qual denomino picardía, mas todos são inerentemente configurados a partir da dimensão de classe, um aspecto que será desenvolvido na descrição do processo vivo.

Palavras-chave: língua Quíchua, masculinidade, classe, picardía, processo vivo.

Curte el sol el cuero del santiagueño / castiga, y se echa a reír
Demi Carabajal

Lo que me es comunicado, es solamente la intensidad con la que el otro es afectado
Jeanne Favret-Saada

1. INTRODUCCIÓN. Había preparado casi todo lo que ellos llevan, cuando viajan al desflore el maíz. Ejercité mis manos para que se parecieran a las manos de mis futuros compañeros de cuadrilla. Friccioné arena y tierra para tener la piel reseca y dura (como la de tantos ex-alumnos del secundario rural). Imaginaba —y así fue— que el cabecilla o algún miembro de la cuadrilla me iba a inspeccionar las manos para evaluar mi ingreso en la cuadrilla de trabajo. Duelen muchísimo los *puntazos* en la espalda, las manos, las piernas, además de que suceden numerosas torceduras, heridas en las manos por cortes con la hoja de maíz, la *maldejada* (retención muy dolorosa del orín por efecto del calor), diarreas, vómitos, fisuras y fracturas en los tobillos (por los innumerables pozos de *mulitas* en el surco) o la *muñequiada*. Y más de una vez aparece la muerte súbita de algún trabajador, cosa que no presencié, pero las anécdotas, en los demás, se tornaban numerosas. Mi principal escollo no era la voluntad de trabajo, sino el cuerpo. La ausencia de alguno de estos factores (o presencia de accidentes) afectaría mi rendimiento, complicaría la situación de la cuadrilla entera, y comprometería seriamente la subsistencia de muchas fa-

milias. Mi miedo en el trabajo de campo (Garriga Zucal 2013) fue un intenso miedo moral. Había una cierta coerción física que me fue imposible eludir: esa sujeción atravesó todo el régimen de construcción de datos en el campo.

Santiago del Estero posee una intensa historia de migración laboral (y de expulsión poblacional) que se remonta a los tiempos coloniales, previos a la formación del Estado argentino. Desde la década de 70 hay una fuerza de trabajo considerable al nuevo capital agroindustrial extractivo, que fue siempre subregistrada —con bajos salarios, críticas condiciones laborales y subalternidad cultural— pero que ha generado ganancias laterales a los empleadores multinacionales en relación con el pago concreto al trabajador migrante. Los trabajadores rurales migrantes estacionales (TRME) llamados comúnmente *golondrina*, viajan principalmente a la pampa húmeda para la *desflorada* (despanojado) de maíz, pero también en otros tipos de trabajos (arándanos, papas, cebollas, aceitunas, desmonte, desenraizamiento, etc.) de otras regiones de Argentina. El maíz, la papa y el obraje son considerados los trabajos *más duros*, de entre los cuales vamos a enfocarnos en el desflore de maíz.



Imagen 1: La cuadrilla vuelve de trabajar a las 19:30 hs, después de 12 horas de trabajo intensivo de desflore¹.

Describo brevemente el procedimiento: cada integrante de la cuadrilla toma un surco, extrae la flor a la *planta hembra* para que otra variedad

1 Las fotos fueron tomadas en terreno y tienen un fin ilustrativo.

macho la polinice. Se tarda entre 1 y 3 horas en recorrer cada surco. Al llegar a la *cabecera*, se descansa 10 o 15 minutos, y luego se retoma por el surco aledaño realizando la misma operación. Mientras esperan que en un campo determinado aparezcan las flores que no han nacido aún, los peones toman otro predio. Son los ingenieros los encargados de indicar que la actividad ha finalizado. Una vez que finalizan, los peones deben limpiar el campo. Es decir, quitar los yuyos que estorbarían la tarea o las llamadas plantas *fuera de tipo* (cf. Desalvo 2009, 131-132). Las plantas pueden ser de 1,50 m o llegar hasta los 3 m, situación que es temida por muchos trabajadores por las dificultades del despanojamiento y el dolor corporal que éste provoca.

Este trabajo será un “rodeo” para llegar a una imagen, recortada pero más nítida, sobre la lengua quichua. Se trata de un cruce determinante entre lengua nativa y trabajo migrante, porque congrega entre 35.000 a 50.000 trabajadores todos los años (Neiman 2009, Tasso y Zurita 2013), lo cual sería un factor determinante (o no) para los usos bilingües (quichua-castellano) que portan como comunidad. El locus desde donde describo es netamente etnográfico: especialmente, el proceso vivido de las sensaciones corporales y afectivas —cercanas al sufrimiento y dolor— vividas por el etnógrafo (enero-febrero 2013) en este escenario. Mi objetivo inicial fue explorar los usos bilingües (quichua-castellano) en cuadrillas de trabajadores de Santiago del Estero, en un campo de la pampa húmeda bonaerense (sur de Buenos Aires), contratados por la multinacional Xgreen Mundial². El punto de inicio y de llegada es la *quichua* (dicho así por sus hablantes), pero no en su aspecto lingüístico sino en los usos dentro de una trama social determinada.

Al interior de ese universo aparecen aspectos que no serían relacionados con los usos lingüísticos que explora la sociolingüística etnográfica: mediante una práctica de conocimiento como propuesta singular dentro de una corriente etnográfica (Quirós 2014), llego a una perspectiva nativa de clase y masculinidad que atraviesa los usos bilingües de este sector socio-laboral. Decir práctica de conocimiento es entenderla como un con-

2 Todos los nombres propios son inventados. Utilizo la *itálica* para categorías del mundo nativo, y el discurso quichua en *negrita*. En determinados fragmentos integro la voz de varios nativos en mi discurso (sin “comillas” y siguiendo un estilo indirecto libre), pero no como excusa de una trivial “democratización” de voces en la investigación, sino para crear estrategias textuales que sean fieles al carácter vívido de nuestros medios de conocimiento (cf. Quirós 2014, 12).

junto de estrategias y decisiones no reductibles a la formalización metodológica en antropología. La propuesta de Favret-Saada (2013 [1987]) no es ningún dispositivo emocional de empatía con los sujetos de la investigación, sino un dejarnos afectar “por las realidades que viven y experimentan nuestros informantes e interlocutores, abandonando nuestro principio de orientación etnocéntrico como única medida de la realidad y de las teorías que elaboramos” (Zapata y Genovesi 2013). Dada esta justificación metodológica, el modo de presentación de datos, análisis e interpretación no sigue un registro clásico de escritura científica, sino que responde a los parámetros del campo: hay experiencias transformadas en dato, que precisan ser puestas al servicio de la economía del lenguaje “necesarias para transmitir al lector la atmósfera [...] que hace a los universos que etnografiamos” (Quirós 2014b, 12). Dicho de otro modo: todos los datos etnográficos están puestos al servicio de la indagación (corporal, moral, ideológica) sobre la relación entre los usos bilingües (Q-C) y el proceso social vivido.

Este trabajo conjuga aspectos de lengua quichua, masculinidad, explotación laboral y una práctica discursiva-afectiva, que denomino picardía. Pero todo se encuentra inherentemente configurado desde la dimensión de clase, aspecto desarrollado en la descripción como proceso vivo (Quirós 2014a). Al final, expongo perfiles problemáticos sobre lengua, trabajo migrante, política textual de la interacción, además de clase.

2. SALIR. Estando en Loreto (ciudad desde donde salen centenares de cuadrillas hacia sus itinerarios migratorios) me hice amigo de un grupo de *changos*, que al final terminaron siendo mis compañeros de pieza. Creo que fue mi primer “golazo” porque, realmente, no tenía cómo *ser parte* de la cuadrilla, ni sabía dónde o con quiénes me iba a tocar *estar*. La contra de esto es que eran los *changos* más movidos del pueblo, desfloradores de 5 o 6 años de experiencia, rápidos, jóvenes, mujeriegos, en fin, los más *cancheros* respecto de los *otros* changos de la cuadrilla, que no eran del pueblo sino del *monte* (zonas aledañas), supuestamente los más silenciosos, los más tímidos. La contra —estaba diciendo— es que no tuve la capacidad suficiente como para hacerme aceptar por los más ancianos, para poder *estar* en la pieza de los *viejos*. Pero esto era un prejuicio mío: buscaba el quichua (y un determinado sujeto quichua-hablante que yo imagi-

naba) y terminé encontrando a personas vivas que eran mucho más que quien es *quichuista*³.

Dos aspectos operan en la conformación de la cuadrilla: (a) ser buen trabajador y no fallar a la cuadrilla (no ser *chalero* ni *volvedor*), y (b) *ser de la zona*, un familiar o un conocido de quien algo se sabe sobre su rendimiento. Yo no cumplía con los dos requisitos. Pedro fue mi contacto y la clave para que pudiera presentarme en la cuadrilla. Pedro es *quichuista*, de Llajta Sur, locutor radial, gestor cultural en su pueblo, muy distinto al destino de todos los otros jóvenes del pueblo. Tiene 30 años, laburó en la desflorada desde que tenía 12, y convenció a don Eshti (Esteban, el cabe-cilla) de que yo me dedicaba —supuestamente— a “tareas propias de campo”.

Estamos en un óvalo de 100 x 70 metros. El resto es soja, soja, soja en todo el horizonte. Cielo arriba, soja abajo, en suelo seco y polvoriento, invadido por malezas resistentes a agroquímicos. El óvalo es el campamento, compuesto de baños modulares, comedor grande, las cocinas y las habitaciones para las cuadrillas. Estuvimos alrededor de 50 días. En los primeros 20 días fue muy frecuente escucharlos hablar del *rendimiento*, de ser un *profesional en la chala*⁴, de no cansarse.

Todos ignoran cómo es la desflorada. Es un *trabajo inhumano, muy jodido* la desflorada. Así Pedro me contó muchas veces, como una presentación que siempre me increpaba, un recordatorio del dolor y la desesperación que todos sintieron y que (después reflexioné) también sentí *en el surco*. Y prosigue, a varios les ha tocado ir a partir de los 13, 14 años a la desflorada, teniendo en cuenta que todas las familias del departamento Llajta Sur, también de los departamentos Atamisqui, Loreto, Figueroa, Avellaneda, más que nada los que están en el centro-sur, de la provincia. Durante muchísimos años, han tenido que buscar trabajos.

3. DOLER. Muy fiero es cuando te toca estar en el lote, y los otros avanzan y vos te quedas atrás en tu surco, tu surco se queda y los otros surcos ya están con las flores por el suelo y a vos te quedan tantas flores sin cortar, arriba. Te sientes una mierda porque sos *muy poco hombre* para laburar,

3 *Quichuista* es la categoría nativa para auto/hetero-adscripción como bilingüe (quichua-castellano). Como hetero-adscripción, significa —desde un bilingüe— que otra persona habla quichua, pero es bilingüe en tanto oculta dicha lengua frente a dispositivos públicos o estatales. Esto es caracterizado por Grosso como un bilingüismo estratégico (2008, 92).

4 *Chala* (quichua): hoja que recubre la mazorca del maíz.

me cuenta con risas ahora Anshu (Anselmo), que tiene 40 años. Pero cuando tenía 13 se quedaba hasta la noche trabajando *solo* en los surcos que a él le tocaban, mientras los demás iban a bañarse, comer y descansar. Es muy importante que Anshu me haya contado esto, porque me permitió entender que *todos habían pasado penurias y dolores como yo*. Anshu prosigue: yo con 13 años *yanasu* (amigo), y solito en esos surcos. El maíz es muy alto cuando es variedad Hércules o Pucará, muy altos como una persona y media⁵. Y aún mucho más altos puede haber, sí, y te falta el aire. La espalda se te hace una *puntada* muy dolorosa porque los dos brazos están levantados tres horas arriba, mientras tratas de sacar la flor, la chala del maíz. Y cuando sacas una flor a tanta altura con los brazos levantados, el puntazo se te hace como *un dolor que se cuerre por la espalda* y los brazos se te duermen porque *la sangre no llega ni aca*⁶. Un dolor que no se termina porque cada flor, cada planta está a 10 centímetros una de otra... y tienes que sacarle la flor a plantas como un kilómetro o un kilómetro y medio. Muy fiero es, po, ¿me entiendes el dolor que no se te quiere ir en todos esos días, menos cuando usted es un changuito de 14 años?, pregunta Anshu y ya no hay risas.

Hace dos días estabas diciendo chau a tus compañeritos en la escuela, y ahora estás aquí, sin tener aire, buscas respirar porque no hay aire, no hay luz porque las paredes de maíz son como de 2 metros y medio. No ves ni acá para delante, y no ves ni acá para atrás. Muy te sientes que te vuelves loco, que te pierdes, que solamente te queda llorar porque nadie ¿no? nadie te va a sacar de ahí ni queriendo. Solo te queda sentarte arrodilladito, respirar tres veces, y vuelves a levantar los brazos mirando para arriba, tratando de no ahogarte mientras sacas las chalas, las flores del maíz. Te pierdes, te pierdes en la cabeza porque no sabes cuándo vas a salir de ahí. Un kilómetro y medio de surco demasiado es, muy mucho es, *yanasu*. Anshu quedó literalmente abandonado a los 13 años en el lote, desflorando hasta la noche porque los demás se habían ido a la tarde.

Todos, absolutamente todos habían pasado por lo mismo. Tan fuerte es la actuación de guapeza que se debía mostrar en los primeros días, que en los días siguientes muchos terminaron contándome que, en realidad, estaban muy doloridos del cuerpo. Desde el fondo de la memoria física de

5 Es intolerable la sensación de opresión, de asfixia y de intenso dolor de espaldas, brazos, cabeza y diafragma con las variedades Pucará o Hércules, las más altas.

6 *Aka* (quichua): "mierda", "excremento".

los *changos* y los *viejos*, la desflorada está cubierta de relatos anteriores que hablan de muchas angustias y dolores corporales con el hacha y el quebracho, la papa que quiebra la espalda agachada durante horas, el hambre, y también la carne podrida que el proveedor del patrón jamás vino a reemplazar. El dolor compartido —y el posterior *rendimiento* aprendido— fue una de vías de acceso a sus círculos de conversación, un modo de entrar a su mundo. Parte del ser hombre —ahí— significaba *no decir nada*, era mucho más que el evitar que el jefe de lote (de la empresa) se enterara. Estaban muy doloridos del cuerpo como yo, pero no querían manifestar nada.

4. EL PIJUDO.⁷ El modo de “entrar” inmediatamente fue acompañando a un grupo de los *changos*, caminando hasta la plaza de la ciudad, esperando a que nos llegara el turno de nuestro contrato. Estando en la plaza, pasaban las “chicas” pero los *changos* eran muy *quedados* (tímidos) como para piroppearlas. No tuve otra opción que inventar piropos (discursos de galanteo) con rimas y con cierta ocurrencia, que después ellos ponían a prueba para *hacer el chamuyo*⁸ a las chicas que pasaban. Le dije a Samito: “Estás más linda que comer pollo con la mano”. Y cuando pasó una *chica*, Samito hacía un esfuerzo enorme para abrir la boca, para terminar diciéndole: “eh, eh, estás más linda que el pollo”. Carcajadas de todos en ese momento. Otras inventivas de mi parte, entonces, hicieron que les cayera bien a todos, y los llevé a pedir —posteriormente— al cabecilla para que yo me quedara con ellos en la pieza que les tocara. Ya estaba adentro.

Todavía estando en Loreto, cenamos unas *milas* (sánguches) antes de salir. Me senté con el nuevo grupo de amigos *changos*, y una moza (una muchacha de 20 años, bastante bonita) se acercó para tomar nuestro pedido. Samito quedó *enganchado* de la chica, pero no se animaba a piroppearla. Yo actué como mediador, y cuando trajo las *milas* y la *pechito* (cerveza), ella dejó un papelito con su número de celular para Samito. Durante muchas tardes, con el grupo de la pieza salíamos a *caminar* entre los lotes (esto es, caminar, orinar, hablar *macanas* —bromas—, enviar SMS, ir a defecar en medio de la soja). Allí, todos ayudábamos a Samito a redactar

7 Dícese de la persona que porta un pene (percibida y caracterizada por los demás como) de gran tamaño.

8 Del lunfardo, hacer la “conversación” a una muchacha.

SMS con frases poéticas, frases eróticas, y conforme pasaban los días, frases “bien porno”, que la muchacha loretana respondía con la misma intensidad.

A la desflorada no cualquiera la hace, *la hace únicamente el santiagueño*⁹, me dice Samito con cierto orgullo en la mirada. Trabaja todo el año descargando cajones para una despensa grande del pueblo, y también cría caballos. Tiene 23 años, un porte atlético descomunal y un historial de *chinitas culeadas*¹⁰ que da envidia, viejo, porque Samito es así —según Volo, su amigo jocoso— un *gringo culeador* de éstos que ya no quedan. Una madrugada Volo prendió la luz —5 am— y Samito se bajó el bóxer y le mostró *la pija* a Ali (“eh, cambio, tomá por bobo”) solo para que todos nos riéramos en la pieza.

Nótese el tipo de masculinidad, articulada a su vez con un tipo muy particular de *fuerza*, propia del ritmo y rendimiento laboral, porque Samito era —visiblemente— quien más manifestaba un tipo de guapeza, y una forma ruda de incentivar verbalmente a los demás para que *seamos profesionales* y trabajemos bien. Lo importante es que esto ocurría en el campamento y en el lote, no con una muchacha en un bar de la ciudad. Pero no es la única forma de masculinidad: me pareció un buen ejemplo de cómo se cruzaban estos aspectos en una persona. Sin embargo, el momento gracioso de la madrugada ocupa su lugar fundamental en la economía moral de la masculinidad juvenil, configurada por la relación laboral (ser buen desflorador, o sea, ser máquina) y las condiciones impuestas (el rendimiento) desde hace décadas. Regresaré en las conclusiones sobre este aspecto.

5. ESTILOS. Nadie trabaja sin guantes. Las manos corren peligro de lastimarse cada 10 metros, cosa que siempre sucedía antes, es decir, cuando no existían los controles del Estado. Esos controles son recientes, con lo cual tenemos cuatro décadas de ausencia de controles y total vulnerabilidad de reclamos por parte de las cuadrillas. Al único que vi trabajar con las manos desnudas era el gran *contador*, narrador de cuentos, el amigo de confianza del cabecilla: don Andy. Personaje esquivo, pero siempre con

9 Santiago del Estero es la provincia (expulsora histórica) que más fuerza de trabajo aporta a las corrientes migratorias internas de Argentina.

10 Muchachas con quienes Samito tuvo sexo (nótese el carácter pasivo de las mujeres dentro de ese “historial”).

una sonrisa pícaro, de bigotes mexicanos chiquitos, de 63 años y más de 40 años yendo a desflorar. Es un gran personaje en mi escenario, porque alrededor de él se congregaban todos los *changos* para escuchar alguna *macana* (disparate) que don Andy hablaba. Samito, al igual que los otros puebleros, usa sus brazos con fuerza, como si estuviera haciendo esfuerzo en un gimnasio con máquinas. Volo y Pedro también: *los changos desfloraban como queriéndole hacer ejercicio*. Pero don Andy, que usaba las manos sin guantes, trabajaba moviendo solamente las manos y no los brazos, y despanojaba de un modo que solamente podría denominar como refinado, sin esfuerzo, rápido y sin que se notara el trabajo realizado.

Don Eshti, Chilito, Vera, completaban con don Andy (de entre 45 a 65 años todos) el cuarteto perfecto de desfloradores: los que hablan *macanas* juntos mientras desfloran, los que se *cagan de risa* siempre; los que trabajan *no tan ligero* sino sostenido y sin pausa —van juntos a la par— los que *siempre* parecían estar a medio camino, pero, al final, eran los primeros en salir a cabecera del surco; los quichuistas que no dejan de *quichuar* mientras desfloran, durante gran parte del tiempo y varias entradas al lote.

Describiré ahora una precaria estadística que armé en los primeros días. Lo que hice fue completar en mi cuaderno un pequeño registro de dos situaciones:

- a) Los turnos donde escuchaba quichua, entendiendo los turnos como media jornada (mañana o tarde). Sobre un total de 84 “turnos” en 42 días de trabajo efectivo, el resultado aproximado es que durante 79 “turnos” —a la distancia— yo escuchaba al cuarteto hablar quichua (Andy, Vera, Chilito, Eshti), es decir que había quichua un 95 por ciento de las veces que “traté de parar la oreja”.
- b) De esos turnos, traté de “calcular” (y esto es ya muy complicado porque yo debía concentrarme muchísimo en lo mío) los turnos con más conversaciones extensas en quichua. Repito que no pude elaborar un registro fidedigno, pero sobre los 84 turnos, aproximadamente eran más del 71 por ciento los turnos en conversaciones “extensas” en quichua.

Entiéndase que estos números son confusos: ya sabemos que en etnografía el investigador es su propio instrumento de recolección (Guber 2010); aquí ese rol es sospechoso porque se trata de cuantificar subjetiva-

mente (y con el oído a secas). Pero al menos me permite exponer un dato importante: que los usos quichuas son efectivamente numerosos y mayoritarios en el momento mismo del trabajo. En mi artículo anterior (2013), refería que el silencio de los muchachos para no hablar quichua frente al capataz no era solo por *vergüenza*, sino también por el ritmo biológico (*la flor apura*) o la altura de las plantas, que no permite hablar y a veces provoca asfixia. Parafraseando el epígrafe: el trabajo que castigaba sin piedad al resto, y sin embargo ellos se echaban a reír a cada rato. Los *chan-gos* usaban los brazos, con sus auriculares y su *chamamé*¹¹. Don Andy usaba solamente las manos, su risa y la complicidad con los otros tres *quichuistas*.



Imagen 2: Desfloradores en un momento muy breve de descanso (30 segundos), donde aproveché para extraer mi cámara y lograr tomar una foto.

6. HABLAS PÍCARAS. El momento donde yo podía estar presente era a la salida (el intervalo entre surco y surco). Don Andy se ponía a contar algo, gradualmente todos se iban acercando, y las carcajadas eran inevitables¹². Posteriormente, fui accediendo a otros eventos de interacción, muy diferentes entre sí, de los cuales expondré algunos.

11 Música intensamente folclórica de la zona del NE argentino. Pero en estos trabajadores, el chamamé es intenso como socialización corporal (amorosa, en los jóvenes), no como identidad folklórica.

12 Solo para algunas situaciones específicas utilizo convenciones de transcripción: negrita: discurso quichua; (paréntesis): nuestra traducción; / \ secuencias tonales ascendente y descendente; pausas: | breve, || media, <4> en segundos; MAYUSC: intensidad fuerte; []: aco-taciones nuestras; po: remarcación especial.

6.1. Una vez, cuenta don Andy, había ido por primera vez Upita, un hombre grande de 55 años, muy quichuista y tocador de armónica, que había vivido en Buenos Aires, pero ya de grande había vuelto a Llajta Sur. “Y había entrao nomás en una cuadrilla, che. Y le había tocao la PUCARÁ [maíz muy alto], bien alto esTABA el lote. Y Eshti le pregunta: che Upa, vas a poder [desflorar] ¿qué no? Siiii po, ¿cómo no voy a poder? Pichita¹³ es po.

Y habían comenzao ¿qué no? Y se escuchaba a Upa los quejidos de la chala (TAC TAC TAC), y como a los 50 metros, che, ya se le escuchaba (ta:c | ta:c | ta:c), y como a los 200 metros ya se le escuchaba (ta::c <4> ta::c <4> ta::c) [RISAS. Don Andy imitaba el ruido último con un dejo de debilidad/cansancio/amaneramiento cuando decía *taaac... ... taaac* porque indicaba el evidente el escaso rendimiento de Upa]. Al rato uno lo había PASAO [es decir que en su propio surco llegó al punto de Upa y siguió de largo] y vio a Upa que hacía para arriba y hacía para abajo, los brazos arriba y después los brazos para abajo, abriendo las patas ¡CaGAO estaba Upa de la respiRACIÓN porque no daba MÁS chee! [RISAS, le faltaba el aire]. Y otra vez los brazos arriba y los brazos abajo. Cuando sale el otro para la cabecera, Eshti le había preguntado si lo había visto a Upa. “Sí lo he visto, parece que había quedado inflando la rueda de la moto” [RISAS].

Imaginen las risas de todos. Momentos como este hubo muchos, y ya se habían conformado como momentos para *hablar macanas* desde don Andy, el gran narrador de este y otros trabajos migrantes de cosecha. Nótese que el humor se sostenía en situaciones propias del trabajo y no eran cualquier tema. El referente de la risa estaba en el sujeto que *trabaja lerd*, que no es una *máquina*.

6.2. Muchas veces escuchaba a Ali, Vera, Volo, hablar de lo bien que contaba los cuentos don Andy: lo *imitaban*, tratando de contar situaciones parecidas con su misma forma de habla. Vera agregaba en varias ocasiones: “¡Ehh po! Muy lindo le sabe contar don Anditu ¿Qué no?”

De todas las marcas de esta frase, no voy a hacer análisis lingüístico ni mucho menos, pero sí identifico el uso /u/ de “Anditu” como muy significativo, que en este caso lo era. Tanto Vera como Ali (muy quichuistas) no

13 *Pichita*: muy fácil de realizar.

enunciaban la /u/ en todos los finales de palabras¹⁴. Sin embargo, esa /u/ cobraba importancia para Ali y para Vera en ese momento, porque se trataba del momento de *hacerse como* (imitar a) don Andy. Nótese la importancia de información sobre la situación en la que se pronuncian las palabras (o en este caso, un sonido significativo), con el fin de poder ubicarlas en su auténtico entorno cultural (cf. Malinowski 1935).

6.3. En el día 15, estábamos en la sobremesa del almuerzo, parados algunos en la cocina, yo ya había comido dos naranjas; don Coshmi entra, saca una naranja y me pregunta:

- C: Y? **Mishkila kara** o amarguta naranjá?
¿Y? ¿Dulce era o amarga la naranja?
- Yo: **chayna, chayna**, tirando pa **wakcha, y chaki**.
Más o menos, tirando para pobre, y seca.
- C: **wakcha?** Ah, claro, naranja fiera! (Risas)
¿Pobre? ¡Ah, claro, naranja fiera! (Risas)

Don Coshmi fue hachero durante veinte años completos, trabajando —en completa soledad— en el monte y sin ningún tipo de compañía. Quichuista, actualmente pastor evangélico, vio cosas raras estando solo en el monte, muchas veces. Coshmi conmigo fue muy distante y silencioso los primeros veinte días. Conforme yo iba mejorando mi rendimiento en el surco, Coshmi se acercó un día para preguntarme si era bandeño (de la ciudad de La Banda) y por qué venía a trabajar.

El momento clave fue que Coshmi se dislocó el tobillo al caer en un pozo de quirquincho (armadillo), mientras trabajábamos. No quería ir al hospital, pero el tobillo comenzó a hincharse cada vez más, hasta que tuvo que ir, llevado en la camioneta del proveedor hasta la ciudad de General Fringes (a 37 km). Después de cuatro días volvió al campamento y lo visitaba con mucha frecuencia. Trataba de animarlo contándole “de cualquier cosa” porque Coshmi realmente *estaba desanimado* por no poder ir a trabajar con la cuadrilla. Eso fue para él un modo muy grande de “apertura” conmigo: en su rostro podía ver un aprecio de mucha amistad.

14 Como ya sabemos, nunca es necesario que se cumplan todos los fenómenos fonológicos (de supuesta “interferencia”) entre lenguas. De acuerdo con cierto estereotipo, suele caracterizarse el habla castellana del bilingüe Q-C (y también de cualquier hablante de la castilla regional —yo incluido—) con marcas como la /u/ en final de palabra, en casos castellanos que terminan en /o/. Esto es por el régimen trivocálico originario /a/, /i/, /u/ del quichua.

Dado que uno de mis argumentos era que también quería aprender quichua practicándolo con alguien (supuestamente yo no sabía, o sabía muy poco), Coshmi comenzó muy gradualmente a *preguntarme cosas en quichua*, lo cual me obligaba a tratar de responderle en el menor tiempo posible. Para Coshmi, era realmente un juego verbal que ponía en acción cada vez que me veía, y se divertía conmigo de un modo ameno, teniéndome paciencia mientras yo trataba de elaborar precariamente alguna respuesta en quichua. Solo cuando estábamos con los demás, Coshmi me hacía preguntas en quichua. Entiéndase que esto que describo es un contexto —ampliado— de situación que permite entender la conversación mostrada arriba.

6.4. En el día 18 estábamos sentados viendo cómo otros mayores jugaban al truco, apostando plata que habían traído desde Santiago, puesto que recién íbamos a ver plata de la empresa cuando volviéramos de la campaña. En el turno 5 de la conversación yo intenté decir en quichua algo gracioso, en el sentido de la masculinidad que estoy refiriendo: por ejemplo, preguntar si está bien dicha la frase de que un hombre esté copulando a otro, y la pregunta es irónica:

- | | | |
|-----------|--|--------------------------------------|
| 1. Andy: | chirichkan? | ¿Te hace frío? |
| 2. Pedro: | ari, churaporani buzot | Sí, me puse el buzo. |
| 3. Yo: | pero sikin timpulu apin | Pero tiene el culo hervido. |
| 4. Andy: | JAJA | JAJA. |
| 5. Yo: | Carlos gopuchkan? ¿Así se dice? | ¿Carlos le está dando? ¿Así se dice? |
| 6. Andy: | rupapuchun , decile | Que le queme, decile. |
| 7. Yo: | rupapuchun? | ¿Que le queme? |
| | [RISAS de todos] | [RISAS de todos] |

Este tipo de situaciones fueron posibles para mí —en el sentido de habilitación a preguntar algo en quichua— solo porque ya habían pasado 20 días y había logrado salir adelante con mi ritmo de desfloración, y ya no precisaba la ayuda de don Eshti (cabecilla). Aquí bien vale una observación emergente: había una habilitación para hablar quichua con don Andy (recordemos la centralidad discursiva/narrativa de este desflorador), pero fue posible (por ejemplo, como con don Coshmi en el punto 6.3) solamente porque ya había dado muestras de *trabajar bien*, cosa que me llevó —como dije— unos 20 días. Antes de eso, Coshmi jamás me dirigió la palabra, y yo hasta ese momento no había podido presentarme o preguntarle su nombre.

6.5. En otro caso, estábamos en la salida del lote, caminando. Y las referencias al “pene” o a la poca masculinidad del otro, son muy frecuentes como motivo de burla amistosa. Ali aparentemente preguntaba a don Andy como si estuviera interesado en su salud, y sin embargo la picardía inmediata, no pensada, imprevista, daba su estocada:

Ali: ¿Qué te duele?

Andy: Sí, la rodilla

Ali: [inmediatamente] ¿Y no te duele poquititu de las bolas para atrás? [el culo]

Andy: Nooo, no, para nada.

[CARCAJADAS de todos los presentes.]

Marco nuevamente la /u/ en final de sílaba, con la misma intención que en el punto 6.2. El caso aquí no era la broma misma de Ali, ni el interlocutor, sino que Ali estaba generando una situación graciosa *como habla* (a la manera de) don Andy, y más gracioso resultaba que era don Andy el destinatario. Ali buscaba, así, mostrarse como un fiel narrador, fiel bromista, fiel pícaro para hablar, *fiel* seguidor de don Andy. ¿Por qué? Recordemos que don Andy era quien casi monopolizaba el rol de narrador de cuentos y “casos” sobre trabajar en cosechas, y al mismo tiempo, era uno de los más experimentados trabajadores.

6.6. Estábamos hablando de comidas en la pieza, y entró Vera, que no era de nuestra pieza pero de vez en cuando se acercaba para hablar macanas:

Pedro: A mí me encanta la morcilla.

Vera: ¿Te gusta la morcillita?

Pedro: Me encanta.

Vera: Con razón andas **pashuku** (muchas RISAS).

Pashuku, en quichua, es el caballo “de paso”, un caballo que no corre sino que solo camina y por esa poca actividad desarrolla una panza prominente. Aquí el *pashuku* no solo era en referencia a un caballo sino a un hombre con la panza engordada con morcilla (esto es, de tanto “tragar penes” de otros). Pero más gracioso resultaba por otra pista de contextualización no manifiesta: días antes, Pedro se había accidentado jugando a la *carrerita* con otro compañero, pero se cayó y se lastimó la rodilla. Eso le afectó por tres días el rendimiento. Las *cargadas* (burlas) lo comparaban con un

caballo de carrera que Pedro tenía. Por eso, haber dicho *pashuku* a Pedro era tan gracioso para los puebleros. El *pashuku* representa, aquí, la oposición absoluta a la rapidez de un buen desflorador: no solo se burlaban de él, sino que también le remarcaban que esa “travesura” afectaba al rendimiento laboral de la cuadrilla.

6.7. La aplicación de *Guasá* (*What's App*) recién estaba llegando en los escasísimos Androids. Mientras se enseña a usar la aplicación, se aprovecha lúdicamente para enviar mensajes en quichua. Todo el macro-evento de socialización masculina bilingüe se complementaba notoriamente con la tecnología. Nótese en los comentarios cómo el rendimiento laboral era el tema para interactuar en quichua, vía aplicación *Guasá* con otros desfloradores santiagueños (y *quichuistas*) en otras zonas de la pampa húmeda:

Campamento nuestro

1. Pedro: A mí me llegan así los mensajes, TODOS LOS días, de ellos. Yo estoy en un grupo. Yo les contaba que estaba aquí <8> bueno || ahora les voy a poner (escribir) que estamos bien, que estamos aquí también “no-so-tross-ta-m-bien-con-un-p-ie-en | elestribop-ee-ro-hoy-nos-han-he-cho-**aka-chir**-las-puca-rá” *deletrea leyéndonos y teclea: “Nosotros bien con un *pie* en el *estribo*, pero hoy *nos han hecho cagar* las pucará”*

3. Pedro: *exclama sorprendido por el mensaje de José* mirá | en quichua JoseCITO/

Otros campamentos de desfloradores

2. José: *escribe desde Córdoba* Jueves **na puntiasqayku paguyman** [el jueves iremos punteando para nuestro pago]

4. Ramiro: *escribe desde Pergamino, Buenos Aires* Ahora andamos *matando el segundo lote* || con DOS surcos **huay** en dos días le entra la máquina al lote *Pedro nos lee el mensaje de Ramiro*

*Campamento nuestro**Otros campamentos de desfloradores*

5. Pedro: *lee en voz alta su mensaje para los demás* **ANCHA UKU YUYas MANA atinku compañeroyshita** [muy recuerdo que ya no podemos con el cuerpo compañeros]¹⁵ *nos comenta* le he puesto (a Ramiro) | que (nos están) desflorando mucho el agujero¹⁶ | no pueden ya nuestros compañeros || le pongo

6. *RISAS de todos*



Imagen 3: Llegada al campamento después de trabajar en medio de la tormenta y las descargas eléctricas todo el día.

7. OBSERVACIÓN CON CUATRO PROBLEMAS. En este apartado final expongo perfiles problemáticos, entendiendo que hacer investigación etnográfica —en estas condiciones— es producir conocimiento desde la singularidad (y la dificultad) que implica re-socializarse en otro escenario (Quirós 2014). Lo que haré —hacia la literatura sobre la lengua quichua y sobre el trabajo migrante estacional— es complementar y aportar desde el tipo de relaciones sociales establecidas y el tipo de datos que surgen como producto de esas relaciones: el campo. También me pregunto cómo generar y transmitir sentidos con las escasas convenciones textuales que poseemos. Por último, retomo una clásica dimensión que estaba impregnando toda la configuración del campo mismo: clase.

15 Esta traducción no es literal, solo aproximada.

16 Se refiere a la explotación laboral.

7.1. DESPLAZAMIENTO DEL QUICHUA. Desde las escasas investigaciones se postula un proceso de desplazamiento lingüístico del quichua (entre otros, Lorenzino 2003; Alderetes y Albarracín 2004, 2005; Karlovich 2006). Recientemente, se describía el bilingüismo (Q-C) como un trayecto histórico desde mediados del siglo XIX (Grosso 2008, 92). Si bien estos estudios son fundamentales para entender aspectos de la lengua misma, hay un problema de acercamiento que afecta inevitablemente al estado de arte.

¿En qué incide el hecho de no contemplar determinados usos de la lengua en cuestión, sólo porque no se tiene llegada a él? ¿Qué decisiones metodológicas son afectadas por la limitación de la imaginación sociolingüística del investigador, respecto del mundo social donde es practicada la lengua? Dicho de otro modo: ¿qué niveles de interacción, contextos sociales, franjas etarias, trayectos grupales, ambientes de uso, y otros aspectos debemos tener en cuenta para “observar” aquello que las investigaciones ven como desplazamiento en una lengua minorizada u otros temas similares? Lo que decidí hacer (dejar afectarme por el campo, o sería más correcto decir que el campo me obligó a ser afectado porque tenía un compromiso moral/laboral de no abandonarlo) permite ver de otro modo los usos bilingües. Esto es, por fuera de cualquier diagnóstico sociolingüístico convencional sobre lenguas nativas, cuyas herramientas de recolección precisan de encuestas, entrevistas en profundidad o registros audiovisuales de interacciones cara a cara. Es la limitación de cierta imaginación sociológica, que reduce los usos de lenguas a ambientes naturalizados como la escuela, la familia, la comunidad, rituales u otros, pero no puede percibir (o no integra) aspectos corporales, afectivos, ideológicos, etc., inherentes al uso de lenguas pero que están fuertemente vinculados a dimensiones impensadas, por ejemplo —y teniendo en cuenta mi campo— la dimensión de clase.

Tomo un caso pequeño que aparentemente no guarda relación con el quichua: los modos de usar la mano para desflorar, y cómo esas dinámicas (diferenciadas y múltiples) de trabajo se articulan con un ambiente socio-laboral y determinados usos narrativos, lingüísticos, afectivos, etc. Esta situación delimitada no puede ser “captada” con herramientas de recolección sociolingüística, ni tampoco de cierta etnografía que precisa de la grabadora y del cuaderno de campo *in situ*. Solamente fue posible estando allí, es decir, entrampado moralmente y sujeto (porque no podía “irme”) a normas de coerción corporal que no eran propias del rol del in-

vestigador. Todos estos aspectos son imprescindibles a la hora de pensar una práctica de conocimiento posible (no digo “metodología” a secas) para llegar a una trama más humana de una lengua.

7.2. TRABAJO MIGRANTE. El trabajo rural migrante estacional ha sido abordado principalmente con una bibliografía más profusa, entre otros, en la literatura y la sociología regional o laboral de comienzos del siglo XX (Bialet Massé 2010 [1904], Abregú Virreira 1917, Canal Feijóo 1951, Biaggi et al. 2007, Desalvo 2009, Neiman 2009, Alberti y Martínez 2011, Ledesma y Tasso 2011, Tasso y Zurita 2013). Todos son trabajos imprescindibles como marco general de los procesos de acumulación de capital, de las condiciones de trabajo de esta fracción de la clase obrera, y son abordajes con fuentes empíricas que construyen una imagen “general” del sector (discriminado en tipos y condiciones de trabajo, ciclos migratorios, proveniencias, impacto en la economía local, tasa de ganancia empresarial, etcétera). No obstante, hay limitaciones en el acercamiento para dar cuenta del proceso vivo del trabajo, imposible de establecer apriorísticamente con entrevistas en profundidad, historias de vida o con abordajes cuantitativos, que son parte fundamental de la construcción de datos que rigen en los estudios dominantes en sociología laboral agraria. La imaginación sociológica del entrevistador (con muchos problemas de acercamiento al ámbito de trabajo, principalmente por los controles internos de las empresas) no puede dar cuenta del mundo social que se vive dentro de un ambiente no vivenciado, y eso —se sabe— impacta notoriamente en el universo de preguntas en entrevistas (Briggs 1986). Esto es más notorio cuando se trata de mundos laborales muy distantes respecto de la clase social del investigador.

¿Qué implicancias tiene el trabajo migrante estacional en la socialización cultural-lingüística-laboral-sexual propia de sus zonas de residencia? Consigno así cuatro aspectos porque este ámbito laboral es un enorme aglutinador de trabajadores de distintos puntos geográficos de la Argentina extracéntrica. Estos son solo unos pocos temas no consignados en la literatura específica:

- a) la organización espacial que posibilita nuevas interacciones (dadas nuevas inversiones en infraestructura): por ejemplo, no es lo mismo una cuadrilla habitando —solos— una casilla muy precaria en 2009,

- que 25 cuadrillas habitando —y compartiendo— un campamento completo en 2014;
- b) la circulación de información sobre otros empleadores, otras condiciones de trabajo (mediado por el acceso reciente a dispositivos móviles y redes sociales) y nuevas ofertas laborales migrantes;
 - c) la circulación de “datos” que les permiten hacer comparaciones y caracterizaciones propias sobre el desempeño y actitudes de cabecillas de cuadrilla, cocineros, capataces, jefes de zona, contratistas tercerizadores, reclutadores locales, agentes empresariales de reuniones previas donde se *discute el precio*, etcétera;
 - d) las transmisiones de contenidos culturales: transmisión de música zonal; discusiones de política local; anuncios de bailes y otros eventos culturales zonales, que a su vez posibilitan nuevos encuentros donde se arregla la salida para una nueva temporada;
 - e) un tipo clave de transmisión narrativa: caudales de narraciones humorísticas y anécdotas cuyo valor táctico es el impacto en su trayecto formativo como obreros —y mejor *puntaje* (calificaciones) a futuro desde los empleadores—;
 - f) el aprendizaje gradual de nuevos bilingües tardíos que deben socializarse en quichua porque integran cuadrillas compuestas casi en su totalidad por bilingües Q-C (Andreani, 2013; 2014), especialmente porque utilizan —en la mayor parte del tiempo— recursos de su repertorio quichua;
 - g) los aprendizajes y anécdotas varoniles —entre los *changos*— sobre modos de relacionarse sexualmente con mujeres (cuidarse de algunas, comparar otras, “medirlas” según su capacidad de *coger* —copular— *bien o no*, modos de protección o no), etcétera.

Lo descrito en el punto 4 (“El pijudo”) puede parecer abrupto, al contar aspectos muy personales de los trabajadores migrantes. Ante cierta moralidad implícita (irreflexiva) en la metodología, se trataría siempre de un sujeto subalterno que debiera ser descrito solo en sus aspectos de resistencia hacia cierto orden dominante o cualquier otra elucubración militante. Sin embargo son situaciones “que tocan fibras íntimas: los asuntos socialmente controvertidos son delicados porque afectan a las personas, porque ponen algo (vital) en juego [y son] parte de las preguntas y materiales que hacen a una indagación propiamente etnográfica” (Quirós 2014, 57). No incluir en la trama situaciones moralmente “dudosas”, o

desde una moralidad implícita del cuaderno de campo (la *pija* de Samito) es no entender los detalles por donde la dimensión de clase articula las masculinidades situadas y donde la picardía juega un rol muy importante para estos trabajadores. Y todo esto, para llegar a entender cómo se configura el ambiente social que sostiene a la lengua quichua: contándose chistes, hablándose *tonteras* y *macanas*, demostrándose ser máquinas (fuerza y rapidez), jugando bien a las cartas, exponiendo jocosamente la supuesta homosexualidad del otro. Estas situaciones, banales y recurrentes “desprovistas de intencionalidad, nunca son analizadas como lo que son: la ‘información’ que estas situaciones aportan al etnógrafo son plasmadas en el texto, pero sin ninguna referencia a la intensidad afectiva que las acompañan en la realidad” (Favret-Saada 2013, 10).

7.3. COMUNICAR LA INTERACCIÓN. Son muchos los temas que parecieran excluirse en la descripción de este trabajo, porque —aparentemente— no guardan formalmente una relación, desde mi foco puesto *a priori* en los usos del quichua. En varios estudios recientes sobre etnografía y sociolingüística,

no sólo el lenguaje es explorado como objeto de análisis, sino también las prácticas culturales en su conjunto (objeto de estudio de la etnografía). Éstas son puestas en discusión de diversos modos, y relevadas a través de maneras heterogéneas de hacer etnografía [que] se centra en la observación y la entrevista, mientras que para otros, el análisis de las interacciones cara a cara son la base del trabajo de reconstrucción etnográfica de los sentidos de las prácticas que se analizan (Heras y Unamuno 2015, 7).

Dada esta riqueza de perspectivas surgidas desde (sean cuales fueren) las interacciones, agrego aquí un problema nuevo: los procesos vividos que interpelan notoriamente la transcripción analítica de eventos, comprendidos exclusivamente mediante una re-socialización forzosa. ¿Cuál es, entonces, el estatuto que adquiere el lenguaje como objeto de estudio? Pregunto esto porque

el reconocimiento de que la comunicación etnográfica ordinaria —una comunicación verbal, voluntaria e intencional que apunta al aprendizaje del sistema de representaciones nativas— constituye una de las formas más empobrecidas de la comunicación humana. Ella es especialmente inadecuada para proveer información acerca de los aspectos no verbales e involuntarios de la experiencia (Favret-Saada 2013, s/d).

Reformulo la pregunta: ¿cómo definir una política textual sobre el lenguaje, de acuerdo a las decisiones de investigación sobre lo que es —o no es— el lenguaje entendido como proceso vivo? Nótese que tuve que separar en apartados temáticos (salir, doler, hablas pícaras), e incluso utilicé diversos formatos de transcripción de eventos comunicativos en el punto 6, para poder hacer inteligible (y legible) una parcela de ese proceso vivo donde hay un objeto (quichua). No se trata de “ubicar” algo en un contexto, sino que describo a sus “hablantes” haciendo cosas, diciendo cosas (entre ellos, no a mí). Ese cambio de interacción (ellos < > ellos; no ellos > mí, ni a mi cámara, grabadora o cuaderno), desborda notoriamente nuestra concepción (formación) sobre la efectiva política de comunicación que seguirá nuestra escritura. Va más allá de un modelo Speaking, de un análisis conversacional o de cualquier exposición (convencional, necesariamente), siempre que ese “algo” no se asemeje peligrosamente a un caligrama surrealista. Se sabe que el tipo de transcripción, análisis y exposición de fragmentos verbales registrados digitalmente, conllevan teorías implícitas sobre el lenguaje mismo que muchas veces no manejamos y no exteriorizamos (Duranti 2000, Pérez Milans 2009). En este trabajo no desarrollo más la descripción de contexto de muchísimas situaciones registradas, donde —en parte y a veces exitosamente— yo era parte activa de la esfera de la conversación (por ejemplo, en 6.4), pero otras veces —como dije antes— realmente pude sentarme a escuchar lo que ellos tenían para decirse entre sí (cf. Quirós 2014, 56) y no dirigiéndose a mí como el etnógrafo que escucha, respecto de los procesos que los aquejaban o de las macanas (bromas) con que interactuaban. Tal como propone Briggs (1986) respecto de la entrevista de investigación social, yo cumplía con dos premisas: (a) entré al mundo social del trabajo de los demás, participando activa —y coercitivamente— en él; (b) la grabadora estaba en eventos de conversación, y no de entrevista. Como Geertz ya proponía (1988), conversar es lo más complicado de lograr, y es el punto de llegada que va más allá de cualquier evento comunicativo artificial como una entrevista.

7.4. ¿QUÉ CLASE? Aquí se trata de un afectamiento desde un contexto de ajenidad muy intensa: no solo porque era un campamento de 250 trabajadores, todos del ámbito rural y escasamente escolarizados, y yo como profesor “de la ciudad” trabajando como uno más, lo cual era curioso (y sospechoso), sino también por la ajenidad —surgida de la dimensión percibi-

da de clase en los sujetos de investigación— que cruza todo el trabajo de campo, y todas sus percepciones hacia mí. Esto permitió acceder al despliegue del repertorio plurilingüe dentro del proceso de socialización laboral-masculina. En otras palabras: la descripción del cómo del repertorio plurilingüe, permitió acceder —por otra vía— al por qué de la clase que lo sostiene.

Ahora bien, si afirmo que clase es un configurador, no significa que haya cedido a un marxismo doctrinario (en todo caso, a los malos epígonos de Marx) sobre el determinismo económico. La dimensión de clase está debajo del análisis de los aspectos emergentes en el campo, simplemente porque —en este escenario— es la que articula a los demás, y permite entender ciertas motivaciones muy indirectas que el determinismo económico no podría explicar. Partiendo de situaciones triviales (ej. contarse chistes) desde la descripción misma damos cuenta del rol que cumple la productividad narrativa-bilingüe dentro de esta relación social de producción específica, que, a su vez, termina configurando (por diversas vías) los procesos culturales de estas poblaciones.

Otro aspecto de clase que ayuda mucho es en (ahora sí lo digo) la determinación de los ambientes de conversación posteriores a la campaña. Una vez que volví de la desflorada, las charlas posteriores que tuve con otros desfloradores con quienes no compartí —porque pertenecían a Figueroa, un departamento provincial al norte—, me permitieron entender muchísimos elementos que jamás habría tenido en cuenta con las 22 entrevistas previas de 2012.

Nótese que el tratar de describir las condiciones situadas de un chiste narrado entre los changos o entre los viejos, ofrece evidencias de una dimensión de clase que no está inferida desde variables más visibles como el salario del trabajador, la plusvalía de la empresa multinacional o al control laboral de los empleadores (Desalvo 2009 y 2013), sino a otro aspecto. El procedimiento registrado ocurría —en general— del siguiente modo:

- a) los chistes en castellano-quichua no eran dichos por cualquier persona, sino por don Andy, es decir, el amigo de 63 años del cabecilla, de confianza y el segundo con más edad de toda la cuadrilla;
- b) varios *changos* pretendían emular a don Andy, intentando hablar como él y tratando de decirlo del mismo modo gracioso;

- c) el modo de identificarse inmediatamente con don Andy eran determinadas marcas de habla, asociadas a la complicidad y donde se evidencian indicadores del quichua: /u/ en finalización de palabra, junto con tonos medios y altos en determinadas frases de remate, reparación de temas o caracterización del personaje que se relata;
- d) estos “imitadores” también son *muy quichuistas que se hacen como don Andy*, es decir que no todos estaban habilitados a actuar en el rol de “emuladores” de los chistes;
- e) los chistes y cuentos eran casi siempre referidos a temas del trabajo migrante, a personajes que *trabajan lerdo*, o a referencias sexuales sobreentendidas donde el objeto de burla era algún muchacho con supuestas marcaciones homosexuales, es decir, desmarcaciones muy “naturales” en un ambiente solo de hombres trabajando en un lote;
- f) *la quichua* aparece en varios oyentes participantes, ya sea como comunicación fáctica (muletillas que acompañaban el relato: “ari che?” [¿sí, che?]), o como comentario de cierre —una “reparación” a modo de síntesis del cuento— en simultáneo y después de las risas del relato terminado.

De este modo, no es cualquier discurso, no es cualquier enunciador, y no es el uso de lenguas en cualquier momento: la dimensión de clase cruza las prácticas y las hablas, y las configura en un determinado sentido. Aquí clase también es el proceso vivo de don Andy, su humor, la búsqueda de los *changos* de lograr manifestar (simular) el humor de él. Dicho de otro modo, utilizando estos y muchos otros repertorios de su bilingüismo situado, y con sus narrativas *pícaras* en la castilla o en quichua, sobre ser un buen *profesional de la chala*.

En síntesis, no sería posible comprender la productividad situada de narrativa bilingüe si no estuviera atravesada por este tipo de relación de explotación, y por este tipo de obreros agrupados bajo una relación laboral que lleva casi medio siglo con estos empleadores multinacionales. Así, solamente por esta vía corporal de la investigación, fue posible entender la acumulación gradual de trabajos muy duros en su propia memoria corporal-lingüística-masculinizada, que los fue forjando como *máquinas pícaras*.

BIBLIOGRAFÍA

- Abregú Virreira, Carlos. 1917. *La vida del peón en los obrajes del Chaco santiagueño*. Santiago del Estero: El autor.
- Adelaar, Willem F. H. 1995. "Raíces lingüísticas del quichua de Santiago del Estero". En *Actas de las Segundas Jornadas de Lingüística Aborigen*, 25-50. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Albarracín, Lelia I. 2009. *La quichua: Gramática, ejercicios y vocabulario*. Tomo I. Buenos Aires: Dunken.
- . 2011. *La quichua: Gramática, ejercicios y vocabulario*. Tomo II. Buenos Aires: Dunken.
- Albarracín, Lelia I., Mario Tebes y Jorge R. Alderetes, comps. 2002. *El quichua santiagueño por Ricardo J. L. Nardi*. Buenos Aires: Dunken.
- Albarracín, Lelia I. y Jorge R. Alderetes. 2001. "La problemática de una comunidad bilingüe en nuestro país". En *Actas del Primer Congreso sobre Problemáticas Sociales Contemporáneas*. Santa Fe: Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral.
- . 2004. "El quechua en Argentina: El caso de Santiago del Estero". *International Journal of the Sociology of Language* 167.
- . 2005. "La lengua quechua en el noroeste argentino: Estado actual, enseñanza y promoción". En *Lenguas e identidades de los Andes: Perspectivas ideológicas y culturales*, compilado por Serafín Coronel Molina y Linda Grabner-Coronel. Quito: Abya Yala.
- Alberti, Alfonsina y María José Alberti. 2012. "El acceso al trabajo migrante en Santiago del Estero y Misiones: una mirada desde la lógica de los actores". *Trabajo y Sociedad* 17: 343-362.
- Alderetes, Jorge R. 2001. *El quichua de Santiago del Estero: Gramática y vocabulario*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Andreani, Héctor. 2013. "Migración, maíz y silencio: Notas sobre el bilingüismo (quichua-español) de los trabajadores 'golondrina' santiagueños". *Gazeta de Antropología* 29.1: 2.
- . 2014. *Quichuas, picardías y zorros: Conflictos y tácticas en una comunidad bilingüe*. Santiago del Estero: Edunse.
- Biaggi, Cristina, Cecilia Canevari y Alberto Tasso. 2007. *Mujeres que trabajan la tierra: Un estudio sobre las mujeres rurales en Argentina*. Buenos Aires: Ministerio de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos.
- Bialet Massé, Juan. 2010 [1904]. *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas*. La Plata: Ministerio de Trabajo de la Provincia de Buenos Aires.
- Bravo, Domingo. 1965. *Estado actual del quichua santiagueño*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Briggs, Charles. 1986. "Aprendiendo cómo preguntar: Un enfoque sociolingüístico del rol de la entrevista en las investigaciones en ciencias sociales". En *Learning how to ask*, capítulo 3; Cambridge: University Press. (Traducción de Silvina Otegui y Verónica Fernández Battaglia, revisión técnica de Corina Curtis, cátedra prof. Lucía Goluscio.)
- Canal Feijóo, Bernardo. 2010 [1951]. *Ensayos sobre cultura y territorio: de la estructura mediterránea: Teoría de la ciudad argentina*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Desalvo, Agustina. 2009. "Los obreros santiagueños en el desfilde de maíz: Proceso y condiciones de trabajo". *Anuario del Centro de Estudios e Investigaciones en Ciencias Sociales* 3.3: 129-148.
- . 2013. "¿Campesinos u obreros? Un estudio actual sobre la llamada población campesina de Santiago del Estero (2009-2012)". Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires.

- Duranti, Alessandro. 1992. "Etnografía del habla: Hacia una lingüística de la praxis". En *Panorama de la lingüística moderna de la Universidad de Cambridge*, coordinado por Frederick J. Newmeyer, vol. 4, 253-274. Madrid: Visor.
- . 2000. *Antropología lingüística*. Madrid: Cambridge University Press.
- Favret-Saada, Jeanne. 2013. "Ser afectado". *Avá* 23.
- García, Miguel. 2012. *Etnografías del encuentro: Saberes y relatos sobre otras músicas*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Garriga Zucal, José. 2012. "'Josecito... te van a cagar a piñas': Miedo y sentido común en el trabajo de campo". *Estudios en Antropología Social* 2.1: 15-24.
- Geertz, Clifford. 1988. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Guber, Rosana. 2010. *La etnografía: Campo, método y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Grosso, José Luis. 2008. *Indios muertos, negros invisibles: Identidad, hegemonía y añoranza*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- Gumperz, John. 1982. *Discourse strategies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Heras, Ana y Virginia Unamuno. 2015. "Hacia una mirada interaccional y multimodal de las políticas públicas educativas". *Archivos Analíticos de Políticas Educativas* 23.94: 1-13.
- Karlovich, Atila. 2006. "De la oralidad a la escritura". En *Sisa Pallana: Antología de textos quechuas santiagueños*, compilado por M. C. Tebes y A. F. Karlovich. Buenos Aires: EUDEBA.
- Lorenzino, Germán A. 2003. "Bilingüismo y migración urbana: El quechua santiagueño". En *Selected proceedings of the first workshop on Spanish sociolinguistics*, editado por Lotfi Sayahi, 53-60. Somerville: Cascadilla Proceedings Project.
- Marcus, George E. 2001. "Etnografía en/del sistema mundo: El surgimiento de la etnografía multilocal". *Alteridades* 11.22: 111-127.
- Malinowski, Bronislaw. 1961 [1935]. *Coral gardens and their magic*. Nueva York: Dover Publications.
- Neiman, Guillermo. 2009. "Estudio exploratorio y propuesta metodológica sobre trabajadores agrarios temporarios". Con la colaboración de Marcelo Bachur (MTESS) y Andrés Resa (RENATRE). Buenos Aires: Ministerio de Economía y Producción, Secretaría de Agricultura Ganadería, Pesca y Alimentos, Proyecto de Desarrollo de Pequeños Productores Agropecuarios (PROINDER).
- Niklison, José E. 1915. "Informe sobre las condiciones de vida y trabajo en los territorios federales de Chaco y Formosa". *Boletín del Departamento Nacional del Trabajo* 32.
- Peirano, Mariza. 2014. "Etnografía não é método". *Horizontes Antropológicos* 20.42: 377-391.
- Pérez Milans, Miguel. 2009. "La construcción de corpus sociolingüísticos en la investigación etnográfica escolar: dilemas asociados". *EMIGRA Working Papers* 107: 1-13.
- Pozzio, María. 2011. *Madres, mujeres y amantes: Usos y sentidos de género en la gestión cotidiana de las políticas de salud*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Quirós, Julieta. 2014a. "Etnografiar mundos vívidos: Desafíos de trabajo de campo, escritura y enseñanza en antropología". *Publicar* 12.17: 47-65.
- . 2014b. "El neoaluvión zoológico: Avatares políticos de una migración de clase". *Cuadernos de Antropología Social* 39: 9-38.
- Stark, Louisa R. 1985. "Historia del quechua de Santiago del Estero". En *South American Indian languages: Retrospect and prospect*, editado por Harriet E. Manelis Klein y Louisa R. Stark, 732-752. Austin: Universidad de Texas.
- Tasso, Alberto. 2007. *Ferrocarril, quebracho y alfalfa: Un ciclo de economía capitalista en Santiago del estero; 1870-1940*. Buenos Aires: Alción.
- Tasso, Alberto y Carlos Zurita. 2013. "Aves de paso: Los trabajadores estacionales de Santiago del Estero". *Trabajo y Sociedad* 21: 33-47.

Villafañe, Laura. 1988. "El comportamiento del sufijo -ta en el quichua santiagueño". Tesis de maestría, Universidad de Leiden.

Héctor Andreani

Universidad Nacional de Santiago del Estero

sachahector@gmail.com

Trabajo recibido el 4 de mayo de 2016 y aprobado el 30 de mayo de 2016.